



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (8)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (8)

Capítulo XVI

TRIUNFO EN HONOLULU (Julio 1886) 3

Capítulo XVII

**TIRANTES DIFICULTADES ENTRE DAMIÁN Y LAS AUTORIDADES POR EL
DINERO PROVENIENTE DE LONDRES (Enero 1887 – Mayo 1888)..... 11**

Capítulo XVIII

**LOUIS LAMBERT CONRARDY EL NUEVO COMPAÑERO
(Mayo 1888 - Octubre 1888)..... 21**

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (8)

Capítulo XVI

TRIUNFO EN HONOLULU (Julio 1886)

Libro pg. 247

Damián desembarcó en la rada de Honolulu. Subió penosamente la colina, se santiguó al pasar por delante de la catedral y llegó a la misión; nadie le tendió la mano. El hombre de rostro púrpura cubierto de lepromas, con las orejas que le caían casi hasta las espaldas, los ojos inflamados, las cejas desaparecidas y con las junturas de las falanges protuberantes, había roto la ley e la segregación; peor: había desobedecido a sus superiores. No podía quedarse. Se le permitió sentarse un instante sobre una vieja silla que sería quemada en cuanto se fuera, mientras Köeckemann telefoneaba a Gibson: Damián había llegado por propia iniciativa, la misión no era responsable. El Primer ministro llamó inmediatamente a la superiora, madre Mariana, que pronunció estas palabras históricas: "Enviénnoslo. Nosotras nos ocuparemos de él. No hagan nada que pueda herir sus sentimientos. Creo que nadie de nosotros puede imaginarse cuánto ha sufrido. Se sentirá mejor como no lo ha podido estar los últimos años". Una operadora del teléfono que había podido escuchar la conversación, se la contó a un carnicero mormón que estaba haciendo su gira. Éste se precipitó de inmediato en la misión y pidió hablar con el superior; con su gorro en la mano, le propuso construir una cabaña en Kaakako para el misionero y conducirlo en su carricoche.

Desde hacía trece años – fecha en la que él había señalado al superior general la necesidad de enviar religiosas hospitalarias – Damián esperaba pacientemente el encuentro que tuvo lugar este 1 de julio 1886. Desde hacía más de dos años y medio, había esperado en vano una visita de las franciscanas a la leprosería. Empujado por la inminencia de la muerte, por las necesidades de los leprosos – relegados de segunda clase – había desobedecido a sus superiores locales; quería ver con sus propios ojos el funcionamiento del tratamiento que le era rehusado. Las palabras de la madre superiora reanimaron sus esperanzas: el método Goto representaba una sobrecarga de trabajo para las religiosas, pero ellas la aceptaban de buen corazón, porque los resultados eran más que positivos y los médicos soñaban ya en devolver a sus casas a ciertos pacientes. Esto es lo que era nuevo en la historia de la lepra. El lunes, cuando Gibson fue a ver a Damián, la madre superiora le anunció oficialmente su posición en presencia de sus

colaboradores: la miseria de Damián había profundamente impresionado a las religiosas. El ministro estuvo conversando durante una media hora con el misionero que defendía la introducción del método Goto en Molokai; el político estimaba que el hombre era un incorregible plañidero pero que sus intenciones eran buenas. Madre Mariana también se fatigó pronto de las incesantes preguntas de Damián y, el 15 de julio, confió discretamente a Gibson que ella se vería aliviada al verle partir.

Damián simpatizó con la joven sirvienta portuguesa que le traía el desayuno y con la religiosa holandesa, sor Crescencia que le preparaba con gran cuidado sus comidas. Jugaba con los niños del hospital que le miraban como una curiosidad. Visitó el hogar Kapiolani y llevó a las niñas noticias de sus familias. Una joven y bella religiosa de treinta y dos años, sor Lepoldina, le evitaba; había escuchado tanto hablar mal del misionero. Un día en que ella preparaba los remedios, Damián entró sin llamar al dispensario. "Usted irá a Molokai y trabajará allí muchos años" la profetizó antes de desaparecer, dejando a la religiosa clavada al suelo. Toda la jornada, no paró de pensar en las palabras del sacerdote y le observaba a distancia: rezaba ante el despacho de la madre superiora y tomaba la comida solitario. Dijo sobre ello unas palabras a la madre Mariana que la aseguró que el misionero había rehusado penetrar en su convento porque estaba leproso. El fin de la visita de Damián no era en modo alguno tener contactos – a pesar de que él esperaba convencer a las religiosas a hacer aunque más no fuera que un breve paso por Molokai – él quería recoger un máximo de informaciones sobre el método Goto. Discutió horas, con el hijo del inventor, sobre cuestiones de dosis, de efectos secundarios y de resultados. Éste le certificó que en el Japón numerosos leprosos habían sido curados gracias a esta terapia que era relativamente simple: cada día, dos baños calientes de hierbas medicinales, de píldoras después de la comida y, una hora más tarde, una infusión de una corteza japonesa

Una muchedumbre de visitantes desfiló por el recibidor del convento. Hombres de negocios, políticos, nobles, blancos, el todo Honolulu quería hablar al sacerdote leproso que provocó el acontecimiento social de la capital en este mes de julio 1886. Sin embargo no confió su angustia mas que a la madre Judith, la religiosa de las religiosas picpucianas que, veinte años antes, había efectuado la travesía con él: podía soportar el dolor pero no la soledad del paria; el no poder confesarse, el ser rechazado, segregado, a causa de la enfermedad, eso era o más difícil de vivir.

El 16 de julio, el rey anunció su visita. La madre superiora saludó a su majestad y telefoneó inmediatamente al Primer ministro y al obispo, mientras el soberano y el sacerdote leproso conversaban sobre el método Goto. Cuando apareció Gibson, el monarca le dijo en un tono tajante: "Quiero que sea construido un instituto Goto de primera clase en Molokai". Cuando Köeckemann llegó a su vez, Damián balanceó la cabeza sonriendo. "*No llegaba a creerse el honor, relata el prelado en una carta a Pánfilo, de recibir el día de su partida, al mismo tiempo, la visita del rey, de su Primer ministro y del obispo. La reina le envió sus saludos por el rey que la había prohibido de venir en persona*". De Veuster suplicó a su superior que le enviara un compañero a

la leprosería; Köeckemann se lo prometió en presencia del rey y del Primer ministro.

En el momento que había recibido la promesa de que los enfermos serían cuidados, ya nada retenía al misionero en Honolulu. El doctor Goto intentó por todos los medios de convencerle para que terminara su tratamiento, pero Damián se marchó el mismo día, por un cargo mixto como el que le había traído, mientras que Gibson y cuatro otros miembros del Consejo de salud salían a Molokai con un vapor de lujo. Como toda la alta sociedad de Honolulu había mostrado que sostenía a Damián y que la prensa estaba al corriente, Gibson quería jugar esta carta política. Una muchedumbre imponente, prevenida por Damián que había llegado una hora antes, esperaba a los representantes del Consejo en Kalaupapa. Los relegados acogieron con calurosos aplausos la promesa del rey, pero cuando el Primer ministro les anunció que la instalación del establecimiento de baños Goto necesitaría un cierto tiempo, porque tenían que estudiarse todas las facetas de la cuestión, se hizo abuchear por la muchedumbre. Concluyendo que esta reacción era consecuencia de la oposición, Gibson se prometió tomarse todo el tiempo del mundo y no hacer nada para acelerar la venida de las religiosas.

Vuelto a Honolulu, consultó a la madre Mariana que se lamentaba de la indisciplina de las muchachas del Hogar Kapiolani desde el paso de Damián. Se había visto forzada a devolver a la más rebelde a Molokai. Meyer, que estimaba que las buenas hermanas de Kakaako no habían ciertamente sabido desenvolverse con esta pequeña que no era aún más que una niña, encontró sin embargo demasiado cruel encerrarla en el orfanato de Kalawao. Seis meses más tarde, esta Anna, convertida en huérfana de madre, se prostituyó por cuenta de un asiático.

Damián, que creía firmemente en las promesas de Gibson, encargó grandes cantidades de polvos y de píldoras necesarios para el método Goto, porque la provisión personal que él había recogido en Honolulu y que era utilizada para toda la comunidad no tardaría en agotarse. Calculó la cantidad de madera necesaria para la construcción de baños para hombres y quiso meterse él mismo en ello, porque se sentía mucho mejor después de los cinco días de terapia y había podido celebrar dos veces la misa, sin verse obligado a sentarse.

Al haberle prometido firmemente Köeckemann un segundo sacerdote para la leprosería, le rogó que le enviara a su hermano Pánfilo u otro compañero, como el padre Conrardy que continuaba ofreciendo su candidatura desde 1876. El obispo le respondió: *“Tengo la mayor estima por vuestro hermano después de las informaciones que he recibido. Solamente que he de dejar al Rvmo. Padre Superior General la elección de las personas que él juzgue convenientes para ayudarlos”*. Dos días más tarde, el prelado señaló sin embargo al superior general: *“Prefiero mejor un buen religioso sencillo, menos sabio que un antiguo sabio. Tenemos ya más ciencia que docilidad”*. Por el mismo correo, explicó a Pánfilo que su hermano se había labrado él mismo las mismas molestias de las que se quejaba: *“El R P. Albert dejó*

Molokai y se volvió a Taihiti en parte porque no se entendía perfectamente con el padre Damián. Otro sacerdote podría y querría mucho ir allí, pero el R. P. Damián no lo quiere por sus propias razones. Hay un tercero que haría bien yendo y permaneciendo en Molokai, pero tiene una repugnancia insuperable". Todos los otros misioneros son necesarios en su puesto. Os agradezco el ofrecimiento que hacéis de vuestra persona". Añadía un post-scriptum - ¿deformaba la realidad o no veía realmente el verdadero estado de las cosas? - : *"He olvidado decirles que el R.P. Damián no está tan desgraciado como podéis pensar. El R.P. Colomán va a verle regularmente cada dos meses. Por otro lado, vuestro hermano puede comunicarse con Honolulu y Maui todas las semanas. Ha estado últimamente aquí para consultar a un médico japonés del que va a seguir el tratamiento en Molokai".*

Pero la Providencia velaba. Un antiguo cabo americano, Ira Dutton, que a los cuarenta años se había convertido al catolicismo después de una vida borrascosa y se había hecho bautizar con el nombre de José, desembarcó en Honolulu al día siguiente de la partida de Damián; se proponía rescatar sus pecados yendo a trabajar a la leprosería. Gibson tenía claras ciertas reticencias para con este fanático cuyo pasado no estaba claro, pero el hombre no pedía más que la cama y el cubierto, vestidos y un jornal diario y proponía además pagar él mismo su travesía hasta Kalaupapa; poseía el material necesario y visitó varias veces Kakaako para estudiar allí las últimas instalaciones de calentamiento. Köeckemann anunció a Damián: *"Ahora se nos ha presentado un incidente feliz que me parece estar marcado por la Divina Providencia. El Sr. Dutton va con usted con la intención de entregarse al servicio de los enfermos en Molokai. Creo que usted puede tener una plena confianza de su sinceridad. [...] Permítame solo advertirle que viene con la intención de servir humildemente como un penitente".*

El 29 de julio 1886, un hombre grisáceo y esquelético se presentó: llegaba, decía él, con el acuerdo del rey Kalakaua. Damián, que le esperaba, le deseó la bienvenida y le propuso de inmediato llamarla hermano José. Le confió las dos iglesias así como la administración del orfanato; le propuso también el servir a la misa. Le hizo vivir, pueblecitos, le contó cómo había construido sus santuarios y, signo de confianza extrema, le mostró las fotos de su familia en Bélgica, la del fallecido Mons Maigret entronizada en su habitación de dormir y los pocos bienes que poseía: un ropero con sus vestidos de obrero, la reliquia de Santa Inés, sus cromos religiosos, y su viejo *Physician's handbook* que utilizaba en ausencia de médico. Caso que era muy frecuente. Después de dos o tres días, Dutton, se había adaptado perfectamente a la rutina de Damián que le hacía a menudo terminar trabajos que él había puesto en marcha pero no había podido terminar por su desorganización y su talante impulsivo que le empujaba siempre a lanzarse a nuevos proyectos. Dutton, que era mecánico de formación, se admiraba al ver funcionar las instalaciones realizadas con materiales de deshecho y hubo de constatar que el misionero era un genio en su género. Damián apreciaba los servicios de José y le preguntaba hasta si no desearía llegar a ser sacerdote, pero éste se sentía indigno. Habiendo comprendido que una vez concedidos los presupuestos, era difícil obtener más, Dutton propuso a de Veuster que le ayudara a redactar

una propuesta concreta en cuatro puntos que él presentaría al Consejo de salud:

1. Construir al este del cementerio de Kalawao, un simple hospital severamente reglamentado y muy disciplinado, donde serán reunidos todos los casos desesperados, para seguir en él un tratamiento similar al de Kakaako.
2. Los edificios deben componerse de un calentador (de 10 pies por 20) y dos establecimientos de baños (cada uno de 36 pies por 10), de un comedor (de 36 pies por 12) y una cocina (de 12 pies por 20).
3. Dos dormitorios, uno para hombres y uno para mujeres separados por una tapia de madera y que puedan acoger cada uno 50 personas, tres edificios (de 18 pies por 40) con una veranda interior. El conjunto rodeado de una buena valla, como en Kakaako. Este instituto deberá tener su propio gestor, pero el Consejo de salud debe ordenar la superintendente de la colonia debe poner al servicio de esta institución todos los medios de que él o su asistente disponen.
4. Elegir entre los leprosos de la colonia o aquellos que han de venir, las personas para las que el tratamiento tiene más posibilidades de éxito.

Además de estos dos dormitorios pero en proximidad inmediata: un buen establecimiento de baños ligado a la caldera por tuberías, esto para los enfermos deseosos de aprovechar la terapia japonesa, no en la esperanza de curar si no de mejorar su estado.

El hospital actual debe permanecer como un refugio para los casos desesperados y disponer de una o dos grandes bañeras que puedan ser utilizadas como yo lo hago actualmente en mi casa. Esto puede hacerse en todo lugar donde haya suficiente agua”.

Damián calculo la cantidad de material necesario. Dutton le aconsejó no estipular en la carta oficial que se trataba de una “estimación”, sino claramente de una “primera estimación”, lo que le permitiría añadir eventualmente presupuestos complementarios. Damián pidió también la autorización oficial de realizar los trabajos. Esperando ese documento, transformó con la ayuda de Dutton y de un enfermo germano-americano. John Gaiser, una habitación de su casa en sala de baños; una bañera con sistema de calentamiento incorporado debía ser enviada de inmediato.

El 24 de agosto, cuando no recibieron mas que una parte de los medicamentos pedidos y una cata del Consejo avisándoles que la decisión sería transferida al final de la sesión parlamentaria, Dutton, temiendo que las cosas se gastan con el tiempo, sugirió a Damián responder positivamente a la carta del predicador londinense: las quinientas libras esterlinas que Hugh Chapman había propuesto reunir podrían ser juiciosamente utilizadas.

Damián hacía rápido las cosas. Los 25 y 26 de agosto, escribió tres misivas importantes. La primera iba destinada al superior general de la congregación:

“Por eso no estéis demasiado sorprendido ni tan siquiera apenado al saber que uno de vuestros hijos esté condecorado no solamente con la cruz real de la orden de Kalakaua, sino también con la cruz un poco más pesada y menos honrosa de la lepra con que el divino Salvador le ha parecido bien que fuese estigmatizado. Mi constitución fuerte y robusta ha resistido bastante bien durante trece años de servicio entre mis numerosos leprosos; desde hace algún tiempo sin embargo, ha ido siendo minada poco a poco en proporción a la invasión de los miembros por el Bacillus leprae. No obstante, aún estoy de pie y con un poco de cuidados, continúo con mi vida activa como otras veces.[...] Permiso, si os parece, a mi hermano Pánfilo, para que venga a ayudarme. El artículo 392 de nuestras constituciones es mi abogado”.

En la segunda, dirigida al predicador Hugh Chapman, le asegura de sus “oraciones por él y sus hermanos separados, en la esperanza de que un día podamos tener una sola fe, que todos podamos pertenecer a la misma Iglesia apostólica y llegar a ser uno en Jesucristo. [...] Por lo que concierne a la colecta que tenéis la intención de hacer por los leprosos de los que me ocupo, quisiera decirle que toda suma, por pequeña que sea, será bienvenida para ayudar a estos seiscientos desgraciados. Como he hecho voto de pobreza, tengo pocas necesidades. Una transferencia del Banco de Inglaterra a la cuenta Bishop and Co., banqueros de Honolulu, sería el medio más simple y más seguro de transferir este dinero”.

Envió una traducción – ligeramente censurada – de su carta al superior general, al reverendo Hudson de Note Dame University – New York - y la recopió textualmente para su hermano Pánfilo, añadiéndole: *“Mi enfermedad tiene el aire de ceder al tratamiento japonés que sigo desde hace 5 semanas, [...] Estoy demasiado sobrecargado de trabajo para poder escribir más y para escribir a la familia. El gobierno me encarga establecer un gran hospital para tratar bajo mi dirección varios centenares de enfermos. Por eso debo trabajar no solamente como sacerdote, sino también como doctor y como arquitecto”.* Terminaba diciendo que no olvidaba a su madre en el altar; ignoraba que Cato, de 83 años, había muerto unos días antes.

A mediados de setiembre, los leprosos se planteaban serias preguntas referentes a la realización del hospital. El Primer ministro ¿no había lanzado este proyecto como señuelo de propaganda electoral? Damián no siempre había recibido el carbón destinado a alimentar su instalación de baños muy primitiva; las provisiones de medicamentos se agotaban, a pesar de la parsimonia con la que Dutton las distribuía; acercándose el invierno, sería cada vez más difícil transportar objetos delicados como las bañeras prometidas. El misionero estaba en esos momentos convencido de la necesidad del tratamiento para sus enfermos: su propia mano le hacía sufrir menos, ya no cojeaba y estuvo capacitado para ayudar a Dutton a construirse una pequeña casa al lado del pandano bajo el que él había pasado su primera noche sobre la península. Hubiera deseado también confesarse; Köeckemann le envió al padre Colomban el 29 de setiembre, pero no le mereció la pena responder a las otras peticiones de De Veuster.

En octubre, Damián recibió en octubre una carta de su hermano en que le describía los extraños sueños a los que su madre había estado sometida antes de fallecer: el anuncio de la enfermedad que golpeaba a su hijo, la había resquebrajado.

Al no haber sido todavía entregada la madera para las instalaciones de los baños, Damián recordó con un cierto sarcasmo su promesa al Consejo de salud. No parece contar ya con la llegada de las religiosas hospitalarias que estaban acaparadas por los cuidados que prodigar a la centena de pacientes que residían en Kakaako. Sin embargo, a pesar de la penuria de medicamentos, Damián y Dutton habían logrado mejorar la situación sanitaria en Molokai. Utilizaban una barraca situada entre Santa Filomena y la casa de Damián para lavar las llagas purulentas; los pacientes llegaban para mojarse allí sus manos y sus pies en los recipientes de agua caliente mezclada con desinfectantes; las dos enfermeras improvisadas limpiaban las heridas y aplicaban bálsamos que envolvían en trapos de algodón.

Gracias al éxito adquirido por la obra de Stoddard, el renombre de Molokai no hacía más que aumentar. Testimonios de simpatía, regalos y dinero (pero no aún las quinientas libras de Chapman) afluían de Gran Bretaña. Mujeres jóvenes se ofrecían para ir a trabajar como enfermeras a Molokai. Un diario belga, el *Courriere de Bruxelles*, anunció el 21 de octubre 1886, el fallecimiento de Damián.

El 6 de diciembre, Gibson envió una carta arrogante al misionero: "Nos es imposible, al menos en este instante, aceptar vuestros proyectos de construcción de ciertos edificios en razón de los costes elevados que acarrearían. Pero su puede encontrar una manera de transformar los edificios existentes para que se pueda ser aplicada la terapia japonesa, estamos dispuestos, como siempre a llegar a un compromiso. ¡Gibson volvía sobre su palabra! Furioso, Damián garabateó en el reverso de la carta un borrador que era una verdadera declaración de guerra. Temiendo las consecuencias a que se exponía, se calmó e intentó manifestarse educado: volvió a copiar su proyecto en cuatro puntos, subrayando que la gestión fuera confiada al Consejo de salud y que él podía, si fuera necesario, reducir los costes de su primera estimación que había sido redactada en la euforia de la promesa que se le había hecho. Sugirió también que el doctor Goto u otro médico viniera a efectuar una visita de reconocimiento para determinar la mejor implantación del establecimiento o al menos poder discutir el asunto con un mi miembro del Consejo. Terminaba recordando que estaba corto de medicamentos y que la provisión de carbón estaba casi agotada.

Köeckemann había puesto a De Veuster en guardia contra las recriminaciones incesantes: *"Me ha sido enviado un extracto de un periódico belga que anuncia vuestra muerte. Ya es admirable que no hayáis muerto en el primer año de vuestra estancia en Molokai con un trabajo demasiado grande para una decena de hombres robustos. Me apena que la admiración por la obra de la caridad haga desviarse tanto de la verdad"*. Damián le respondió de manera sarcástica: *"Gracias por la importante noticia que circula en el país de los*

belgas. Tenga la bondad de hacer inscribir mi nombre en la asociación de oraciones del Rev. Padre de Larins: Joephus Damianus De Veuster, el leproso pecador que se confiesa tan raramente”.

El 9 de diciembre, el obispo le envió un hábil desconocimiento que él debía saber: *“Se anuncia de Picpus que una señora inglesa ha enviado 125 francos para vuestra misión de Molokai. El Advertiser de hoy copia un artículo de Boston que proclama donativos de los que no tengo ningún conocimiento. Se trata de dos sacerdotes y dos hermanas de la Caridad y mucho dinero. No creo nada. Aprovecho la ocasión para desearos una verdadera felicidad para el nuevo año, sin olvidar la paciencia, porque las miserias no se acabarán mas que con esta vida”.* Damián le respondió en el mismo tono: *“Al no recibir el Weekly Advertiser no tengo noticia de los donativos que proclama. Tampoco tengo conocimiento de los dos sacerdotes y las dos hermanas, pero sí de las ayudas en dinero. El editor del Ave María ha abierto una suscripción que ya ha producido cerca de 1.000 piastras, de las que una parte servirá para pagar dos tabernáculos para la leprosería. Por otro lado, me entero de que un english clergyman con la aprobación y proclamación del cardenal Manning, ha abierto una suscripción e Inglaterra a mi nombre y aún no conozco el montante. No sé qué gesto de cara va a poner mi amigo Gibson ante este asunto. Casi cada semana, recibo catas de Inglaterra y de América. Rogad por favor, para que mi pobre cabeza no se exalte por las alabanzas de personas simpaticantes. Acabo igualmente de recibir una carta del padre Javier [secretario general] en relación con los 25 francos que me anunciáis: la mitad será suficiente para cubrir un bill en Wilder que os incluyo aquí dentro, para proteger un poco mejor de un fuego nuestra iglesia de Kalawao. Me anuncian de Brooklyn otro bill de 25 dólares [...] El número del 23 de Julio de las Missions Catholiques anuncia un donativo de 600 francos a mi nombre. Todo está muy bien. [...] Nuestra fiesta de Navidad ha estado muy bien. A las 9 horas de la noche, la iglesia estaba bien llena para el examen general de catecismo hasta las 11,30, y a medianoche justa, la misa etc... A las 5 de la mañana la misa de la aurora en Kalaupapa. [...] Con mis mejores deseos de un buen año, os envío un Saint Charles de Boromeo, y, si queréis, un ¡SAINT BISHOP HERMAN! [Charles] Si no os parece bien el primero, enviádselo, por favor, al reverendo padre Charles de Hilo, con mis respetos. Happy New Year a todo el mundo, padres y hermanos”.*

Él no quería causar problemas, pero la realidad era que se confesaba raramente: tres veces en todo y por todo el 1886; era una cruz más pesada aún que la enfermedad que progresaba. Su vientre y los músculos de los brazos estaban atacados; tenía nódulos sobre las piernas; las manchas se endurecían y amarilleaban, ya no podía hacerlas desaparecer con una loción astringente; tenía la nariz tapada y la garganta infectada; sus mejillas, su frente y su mentón estaban cubiertos de manchas morenas; adelgazaba y flotaba dentro de sus vestidos; tenía los pies hinchados y se caía a menudo.

Capítulo XVII

TIRANTES DIFICULTADES ENTRE DAMIÁN Y LAS AUTORIDADES POR EL DINERO PROVENIENTE DE LONDRES (Enero 1887 – Mayo 1888)

libro pg. 257

A comienzos del año, el Primer ministro propuso a la madre Mariana construir a costa del Estado una nueva capilla en Kakaako. Por encontrar la idea brillante ella habló de ello a Köeckemann que, estimando que Damián recibiría sumas importantes de Inglaterra, no vio ningún inconveniente en consagrar a ella una parte, incluso hasta la totalidad del presupuesto destinado a los baños de Goto en Molokai. Hacia mitad de enero, volviendo de una estancia benéfica en la isla de Maui donde había perdido dieciocho kilos Fouesnel desaprobó esta manera de hacer. También él había oído hablar de los donativos realizados por los protestantes pero no había visto llegar mas que una suma de 25 dólares; envió espontáneamente 50 dólares a Damián y dio por terminado el asunto.

Se ignora si el Primer ministro sabía que una revolución se preparaba en Hawaii: blancos se entrenaban con la milicia de los *Honolulu Rifles*; importantes casas de comercio importaban armas y municiones; arsenales clandestinos estaban establecidos un poco por todas partes en la capital; el soberano quería adquirir un navío de guerra con el fin de constituir una federación polinésica que cubriría todo el Pacífico. La tensión latente estalló con ocasión de la erupción del Mauna Loa [isla de Hawaii] a mitad de enero 1887; seiscientas sacudidas estremecieron la isla de Hawaii y algunas repercutieron hasta en Kalawao.

El 17, Damián recibió de la Banking House of Bishop and Co. una letra de crédito por un valor de 995 libras esterlinas. Agradeció al reverendo Hugh Chapman con una cita del libro de Tobías (12, 9): "Más vale practicar la limosna que atesorar el oro. La limosna salva de la muerte y purifica de todo pecado. Los que dan limosna serán saciados de días". Para remediar las necesidades más agobiantes, pidió a Meyer que le comprara diversas calidades de tejidos y de telas, hilo y una máquina de coser con el fin de confeccionar para todos los leprosos y los jóvenes de los orfanatos un juego de vestidos de recambio. No habiendo decidido todavía a qué consagraría con mayor utilidad el resto de la suma, escribió a su obispo: "*Como no estoy seguro lo que será mejor hacer, espero a la semana próxima para enviarle, ya sea a vuestra Grandeza, o directamente a la Banca, si me autorizáis de dejar a mi nombre la mayor parte para sacar directamente de este depósito para los bill que tendré que pagar por las diferentes compras que he de hacer para mis leprosos. Como no es una contribución de los católicos sino en gran parte de los protestantes, supongo que esto evitará toda sospecha contra la misión católica, que ya se había manifestado en Inglaterra por ciertos protestantes*

celosos y como enrabados contra el rev. Chapman, clérigo inglés de Londres". Habiendo abandonado toda esperanza de ver a las franciscanas en Molokai, Damián pidió también a Köeckemann permiso para traer a una hermana de la orden de Loreto y una enfermera de Liverpool.

Madre Mariana se opuso categóricamente a la venida de esta religiosa; la candidata debía antes hacer su noviciado en las franciscanas de Syracuse (New York) y la congregación decidiría después dónde enviarla en misión. El obispo no sabía cómo responder a Damián sin evitar su indignación. También debía convencerle de que transfiriera a la misión la suma enorme de que disponía: *"Es cosa vuestra arreglaros con la autoridad religiosa (Fouesnel) para salvaguardar vuestro voto de pobreza. Ahora, permitidme añadir algunas reflexiones prosaicas al lado de tanta poesía a propósito de los leprosos de Molokai. No quiero disimular en nada la gloria de vuestro heroísmo, que os ha ganado justamente la simpatía del universo, yo también he contribuido a ello por mi parte. Pero el asunto tiene un lado prosaico cuando se trata de fuertes sumas de dinero. Por lo que veo en los periódicos, el mundo está bajo la impresión que vos estáis a la cabeza de vuestros leprosos, su procurador, su doctor, su enfermero, su enterrador, etc. Como si el gobierno no tuviera que ver para nada en ello. Esto puede justamente ofender al rey, al Sr. Ibson, etc. Es posible que algún enemigo celoso busque pruebas de que vos (y se trata de censurarnos a nosotros) habéis manipulado el dinero bajo falsos pretextos".* Ya que Damián dispone de tanto dinero, Köeckeman le propone proveer a las necesidades de Dutton, porque *"el gobierno puede cambiar de un día al otro".*

Por esta época se extendió el ruido según el cual toda la operación Chapman intentaba hacer tomar la leprosería por religiosas anglicanas de la orden de st. John. Damián escribo entonces a Köeckeman: *"Me parece prudente por vuestra parte tomar medidas para que el establecimiento aquí de las franciscanas no sea descartado. Después de haber recibido de todas partes incienso y oro, yo no contaba con que sería de mi Superior de quien recibiría la mirra".* El obispo le respondió que si su *"carta era poco halagadora, era al menos franca. Si usted hubiera empleado la misma franqueza desde hace tiempo, habiéramos podido tener una relación más clara.[...] Lo que siempre he pensado es que con el tiempo habría religiosas en Molokai. A la llegada de las primeras, esto estaba fuera de lugar, porque no eran bastante numerosas para un trabajo semejante. Por otro lado, no habían sido llamadas para los leprosos exclusivamente".* Si la madre Mariana quería ir a Molokai, Köeckemann no se lo impediría, pero el misionero no ignoraba que ella y sus religiosas estaban sumisas a reglas estrictas, que la separación de sexos era indispensable y que esta media era difícilmente realizable en la leprosería.

Algunos días más tarde, el obispo se irritó. Fouesnel había escrito al superior general: *"El P. Damián ha hecho creer que los leprosos estaban faltos de todo y que sus superiores se oponían a que él pudiera tener recursos a un cierto tratamiento (estas últimas cosas las hemos visto impresas en un periódico). Ahora bien, mi Reverendo Padre, todo este fárrago de una cabeza enorgullecida por los elogios, va ahora contra el gobierno que mantiene un*

extremo cuidado de los leprosos... Ahora, se ha convertido en peligroso. En cuanto ha tenido entre las manos su letra de cambio del Banco, sin hablar con nadie, hace un regalo de un vestido completo a cada leproso". Köeckemann dirigió de inmediato al superior general un informe más ponderado en que le explica que todo el mundo hacía cualquier cosa por los leprosos. El padre Damián había recibido donativos importantes y cuando su obispo había creído bien hacerle algunas observaciones prosaicas sobre la manera de utilizarlo, él le había respondido de un modo "que no lleva la marca de la humildad que convendría a un gran santo cuya gloria ha estado publicada por los dos mundos. Temo que el diablo no esté de por medio para algo".

Gibson, que estaba muy ligado a la madre Mariana, temía que no llevara sus religiosas a Kalaupapa para impedir la venida de las religiosas anglicanas. Envío a su yerno Fred Hayseld a la península, en apariencia para determinar el lugar en que debería establecerse su convento; este último volvió de allí algunos días más tarde indignado por los "horrores del asilo": era imposible enviar allí religiosas. Informó igualmente que Kalaupapa no estaba tan bien equipado como lo proclamaba el gobierno y encargó para la leprosería una serie de bañeras con instalaciones de calefacción incorporadas. La partida de las religiosas quedó provisionalmente retrasada.

En una carta del 15 febrero 1887, dirigida al superior general, Köeckeman reveló la verdadera razón del rechazo de las franciscanas para ir a Molokai: *"Es bastante prudente no hablar demasiado de la miseria moral considerablemente mayor en la leprosería de Molokai que en el resto de las islas. Para remediarlo, haría falta establecer separaciones que supondrían gastos enormes y pedirían un número mayor de religiosas. El ministro [Gibson] dijo que, según las informaciones la llegada de las religiosas heréticas no era algo para temer seriamente, sin embargo él querría arreglar las cosas a favor nuestro mientras esté en el poder... Es penoso para las hermanas no poder comulgar masque de la mano de un sacerdote leproso. Sería necesario, pues, un segundo sacerdote".*

Fouesnel ordenó a Damián el *"hacer inmediatamente un testamento a nombre de Monseñor o de su sucesor en el oficio legándole todo el dinero que pudiera haber en la banca a vuestro nombre".* Le prohibió igualmente enviar también *"ninguna carta a quien quiera que fuera excepto al superior general" sin someterla de antemano... "Toda carta susceptible de ser impresa en su totalidad o en parte cae bajo esta regla. [...] Por ser, a pesar mío, superior, estoy también a pesar mío obligado a deciros cosas que vuestro temperamento tiene quizás penas que soportar, pero no puedo en conciencia dejar pasar estas cosas sin señalarlas"*

En marzo la situación continuaba siendo tan confusa. Para volver a ganarse los favores de la madre Mariana, a quien ya había querido ofrecer una morada más confortable que su convento, Gibson le ofreció el presente de un anillo de oro en cuyo interior había hecho grabar la referencia a dos versículos bíblicos entrelazados y la fecha del 12 marzo 1885: "Ruth 1, 16-17 y Marc. 12, 1885". Los versículos en cuestión eran estos: "no insistas en que te abandone

y me separe de ti, porque donde tu vayas yo iré, donde habites yo habitaré. Tu pueblo será mi pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde mueras moriré y allí seré enterrado”.

Gibson atacará públicamente a Damián en un editorial del *Pacific Commercial Advertiser*: declaró que la compra de vestidos para los leprosos había sido una verdadera provocación contra el Consejo de la salud y pidió al misionero que rindiera cuentas sobre el dinero que había recibido de Londres. Para Gibson como para Köeckemann, la solución era evidente: era necesario confiar a la enfermera de Liverpool y a la religiosa de Lorette el cuidado de los leprosos de Molokai. Hayselden propuso al Consejo que los fondos ingleses fueran gestionados de manera oficial para mayor ventaja de todos los leprosos de que se ocupaba el gobierno y que Damián remitiera el dinero entre las manos de su obispo que, de acuerdo con el Consejo de salud, lo utilizaría, en la medida de lo posible, según las ideas de Damián, por el mayor bien de todos los que sufrían. Esta solución hubiera podido funcionar si la madre Mariana no se hubiera opuesto a la venida de las enfermeras extranjeras.

El superior general intervino en el conflicto. Había comprendido que Damián no se confesaba bastante regularmente y se dirigió a Fouesnel. Este, que había siempre afirmado que las relaciones entre Honolulu y la leprosería eran excelentes, pretendía ahora que la posición era difícil: *“Un pequeño vapor no pasa ni todos los quince días,, y no hace más que tocar puerto”*. El padre Colomban tenía más que suficiente trabajo en su parroquia portuguesa y servía igualmente el *topside*. El provincial sostenía también que los padres André y Grégoir (que estaban leprosos) *“Se defenderán cuanto puedan para no ir allí, con el fin de no tener nada que ver con él”*. Las hermanas partirán pronto para la leprosería, y su sacrificio será mayor que el de Damián, ya que no solamente se ocuparán de los leprosos, sino que tendrán que recibir la comunión de un sacerdote leproso. En conclusión: *“No veo otra manera de salir de este paso sino el de continuar haciendo como hemos hecho hasta aquí”*.

Damián, habiendo de nuevo recibido numerosas cartas, Fouesnel le aconsejó que cesara su *“correspondencia con el exterior”*. En un magazine editado por un club femenino de Soho, el pintor inglés Edward Clifford había leído que ir a Molokai era una experiencia comparable a un descenso a los infiernos; pero esto era precisamente lo que buscaba este hombre.

“¿Sabes cuál será la solución? ironizó Damián en una conversación informal con el doctor Mouritz. Haremos de la leprosería una diócesis independiente. Yo sería el vicario apostólico para los leprosos, escogido directamente por el Papa e investido de poderes especiales. Invitaría a las hermanas y hermanos de Lorette y no tendría nada que ver con la misión católica de Honolulu. Haremos de esta península un inmenso convento y todo estaría reglamentado sobre el terreno religioso. Todos se amarían.

“¿Cuándo te veremos con la cabeza rapada? bromeaba Mouritz. Este podría ser el símbolo de tu nueva orden”. El misionero rió de buena gana pero

rehusó llevar la broma más lejos. El doctor le preguntó a bocajarro: "¿Te gustaría llegar a ser obispo?"

-“No, respondió él, no soy digno. Pero tengo una sugerencia para el método Goto” Le llegó el turno a Mouritz de poner al sacerdote en su sitio: “No me hacen falta ni tu aviso ni tu interferencia. Ocupate del bienestar espiritual de tu rebaño”.

Miss Martin, otra enfermera inglesa, era un problema. Quería trabajar en Molokai y había obtenido una visa. Mouritz la albergó en su casa; los chismes marcharían rápidos, pero podía ahorrarse a Damián. La enfermera o permaneció mas que tres meses en la península.

En la primavera 1887, las comunicaciones entre Damián y sus superiores estuvieron limitadas a lo estrictamente necesario. Fousnel controlaba las cartas que él escribía a Europa, le pidió poder utilizar su oro cuyo interés era más elevado que el del papel moneda y le aconsejó que no se ocupara de la medicina más que en relación consigo mismo. *“La poética de vuestra posición amenaza ruina por los ruidos que corren”*. Gibson había publicado en el *Pacific Commercial Advertiser* un editorial anónimo desaprobando la manera con que el padre Damián gestionaba los fondos de los socorros ingleses. El Parlamento había aprobado un presupuesto de cien mil dólares para Kalaupapa, lo que significaba que los leprosos estaban bien cuidados. Un paciente totalmente anónimo de Kalawao (pero de quien se descubrió más tarde la identidad: se trataba de un cierto George Horan y no de Damián como muchos habían querido hacerlo creer) relanzó el debate: o donadores habían especificado bien que Damián podía utilizar el dinero recibido como él lo entendía. ¿Qué sabía el Consejo de salud, con sede en Honolulu, de las verdaderas necesidades de los leprosos? ¿Quería apropiarse una parte del pastel? El Parlamento había votado claramente un presupuesto de cien mil dólares, pero una asignación anual de seis dólares de seis dólares por paciente era insuficiente para comprar vestidos. Además, debían gastar este dinero en el almacén de la península que imponía precios prohibitivos y no ofrecía sino productos de mala calidad.

Al día siguiente de la aparición de este derecho de repuesta, la *Hawaiian Governemen Gazette* publicó las estadísticas oficiales del ministerio de Salud del reino: las sumas gastadas por los 609 leprosos de Kalaupapa y los 102 de Kalawao se elevaban a un total de 120.819,70 dólares (hasta marzo de 1887). Algunos empleos: salario del Sr, Meyer, 1.800 dólares; Hogar Kapiolani, 1.495,24 dólares; salario del doctor Goto, 2.335 dólares; salario del doctor Mouritz, 3.000 dólares; etc. La impresión de los informes había costado seis veces y media más que lo que Damián había recibido de Londres. Era impresionante constatar que 4.049, 22 dólares habían sido consagrados a los vestidos para los leprosos y 275 dólares a la compra de medicamentos. Fousnel envió una copia de las estadísticas a París, mientras que Damián o hizo con Hayselden que estimaba a Molokai demasiado siniestro para las religiosas pero que, en público, consideraba el lugar como un paraíso para los leprosos. Hombres de negocios analizaron el presupuesto y juzgaron que la

suma cuatro mil dólares era efectivamente exagerada para 771 persona, mientras que ella no representaba apenas seis dólares por individuo. El *Pacific Commercial Advertiser* tomó la defensa de las autoridades y calificó el montante de "en manera alguna extravagante sino ciertamente suficiente". Gibson esperaba que estas cifras romperían la popularidad de Damián.

El 31 de mayo, la *Hawaiian Gazette* reclamó la dimisión de Gibson. La atmósfera derivaba a la revolución. Fouesnel tomó el partido del Primer ministro – *"Estamos amenazados de tener aquí un cambio de política que será sin duda alguna para nuestra desventaja"* – y decidió no enviar a Molokai a ninguno de los cinco misioneros recientemente llegados. En cuanto a las cinco cajas de regalos, ordenó a Damián enviarle *"en un papel limpio, claramente expresado, el valor estimado del contenido general"*.

En razón de la tensión que reinaba, Köeckemann, que era un administrador poco atraído por la política decidió hacer una gira por las islas del archipiélago. Antes de su partida, envió sobre un papel con membrete de la misión, un texto para que lo copiara Damián y que constituiría su testamento: *"Yo J. Damián De Veuster, sacerdote católico que habito en la colonia de los leprosos de Molokai, en posesión de todas mis facultades mentales, notifico mi última voluntad por testamento y declaro: lego todo mi haber inmueble, personal y mixto que pueda poseer en las Islas Hawaii en el momento de mi muerte al Reverendísimo Padre Köeckemann, obispo de Olba y vicario apostólico de las Islas Hawaii y a sus sucesores en el cargo. Por las presentes, nombro y adjunto a José Dutton en calidad de ejecutor testamentario. En testimonio de lo cual pongo mi firma y sello en este día quince de mayo, anno Domini mil ochocientos ochenta y siete. J. Damián De Veuster"*. Algunos días después de la partida el obispo, todos los ministros dimisionaron para evitar una revolución.

El 30 de junio 1887, las milicias blancas de los *Honolulu Rifles* arrestaron a Gibson ya su yerno Hayselden. Fueron acusados de malversación de dineros y apresados, a pesar de que la muchedumbre reclamaba su ejecución. El 11 de julio, todas las acusaciones fueron retiradas y a Gibson le aconsejaron que abandonara las islas, digamos que por razón de salud. Fouesnel aconsejó a Damián: *"Con vuestros enfermos, sed muy prudente; han perdido a su padre y también a sus madres, porque hay que temer que los protestantes que están a la cabeza no quieran más a las hermanas. Cuando la nueva Constitución sea firmada por el rey, si consiente en firmar, entonces los asuntos estarán más claros"*. La "revolución de las bayonetas" trajo importantes cambios": el rey nombró cuatro ministros a propuesta de la Liga; la nueva constitución le desposeyó de su derecho de voto e hizo a los ministros responsables ante el parlamento; todos los blancos y la mayor parte de los mestizos obtuvieron derecho de voto automáticamente, que fue acordado tan solo a los más ricos hawaianos.

Siguieron las primeras reformas. Por primera vez, un médico, el doctor Trousseau, fue nombrado para la presidencia del Consejo de Salud. Las religiosas de Kakaako recibieron la orden de preparar 31 enfermos para la

deportación; ellas consideraron esta medida de rutina como un presagio siniestro de la inminencia de persecuciones, porque *"buenos niños"* también fueron segregados. Efectivamente, a su llegada a Molokai los relegados anunciaron que el nuevo gobierno quería devolver las religiosas a América.

Tres semanas después del golpe de estado, Trousseau prometió a Damián enviarle pronto remedios japoneses y confirmó a Meyer en sus funciones de director de la leprosería. Con el acuerdo de Mouritz, Damián confió sus provisión de medicamentos a Dutton que tenía cada día una consulta en el cabañón donde lavaba las llagas. A consecuencia de los trastornos políticos, Damián no recibía más visitas y no se había confesado después de más de cuatro meses. Un compañero, el padre Silvestre, había desembarcado bien en la isla pero no había podido descender el *pali* a causa de su vértigo, y el estado de alud de Damián no había permitido a éste escalar el acantilado abrupto. Como el doctor Trousseau exigía reunir todos los leprosos incurables en Molokai, una nueva caza del hombre tendría lugar después de las elecciones previstas para el mes noviembre, y los padres Grégoire y André serían sin duda alguna deportados. Damián rehusando esperar aún dos meses y medio antes de poder confesarse, Köeckemann pidió al padre Wandelin Möllers que fuera en el intervalo a confesar cada mes a su misionero.

En otoño de 1887, doscientos enfermos desembarcaron en la leprosería. Era necesario renovar el hospital que tenía más de veinte años y construir un funerario porque, después del cierre del moritorio, los pacientes rendían su alma a Dios en los dormitorios. Era también necesario construir un ala reservada a los locos y comprar una ambulancia entoldada bien suspendida para el transporte de los inválidos y de los enfermos. Pero lo más urgente era la instalación de un sistema de traídas de agua a Kalaupapa.

Hacia esta época fue cuando las relaciones entre Damián y Dutton se deterioraron. Habiendo aconsejado Mouritz a este último que se pusiera enteramente al servicio del Consejo para evitar ser despedido, Dutton abandonó su tarea en el orfanato para consagrarse únicamente a su trabajo de enfermero del hospital. Meyer intentó buscar una fórmula conciliadora para las dos partes, pero Dutton estaba fatigado de recibir sin cesar órdenes contradictorias: Gibson le había contratado como enfermero y Köeckemann como sacristán de Damián. Cuando Mouritz propuso al ex-cabo la dirección del hospital, Damián le recordó que había hecho voto de obediencia y que su obispo le había ordenado no confiarle más que humildes tareas al penitente. Köeckemann encontró finalmente un compromiso: Dutton tendría la responsabilidad del pensionado de chicos y trabajaría tres horas diarias en el hospital; Damián debería mostrarse menos exigente con él y dejarle *"una cierta libertad de obrar según su propio juicio"*. Las hostilidades volvieron cuando Dutton se quejó ante Köeckemann de la dificultad de hacerse *"a la manera de ser de Damián, no como sacerdote, sino como hombre"*; le encontraba demasiado familiar, tenía horror de recibir la comunión de sus manos y no soportaba más las deformaciones ni el mal olor. Esta fue la gota de agua que desbordó el vaso, la buena relación se rompió para siempre entre Damián y el hermano José. Esta querrela tuvo otra consecuencia: el doctor Mouritz – que

no quería trabajar en la leprosería – pretextó el rechazo de su oferta por Dutton para entregar su dimisión.

A pesar de todas estas pruebas y la enfermedad que no cesaba de debilitarle, Damián continuó trabajando como si nada hubiera pasado: “Estoy feliz y satisfecho de mi suerte, escribí a uno de sus correspondientes. Le ha agradado a Dios designarme como sacerdote y enfermero de mis leprosos. Ojalá puedan nuestras almas, cuando sean liberadas de nuestros cueros contaminados, habitar en el paraíso con vos, los hijos fieles y puros de la Santa Iglesia”. Cuando el descorazonamiento caía sobre él, empleaba un remedio probado: el trabajo.

El 1 de octubre, aún no se había confesado, al no haber venido nunca el padre Wendelin. Fouesnel se desataba en tempestad, no encontraba un solo padre que aceptara liberarse una jornada para ir a Molokai. Se propuso ir él personalmente, pero el mal tiempo se lo impidió. Comprendía que era más urgente encontrar un compañero a Damián y eventualmente un sucesor; planeó hasta aceptar un sacerdote que no fuera miembro de la congregación de Picpus. S el misionero belga Louis-Lamber Conrardy – se ofreció sus servicios desde hacía más de diez años – mantenía su candidatura, podría venir a trabajar a Molokai.

Había también buenas noticias: el profesor Nathaniel Emerson, que había trabajado un tiempo en Kalawao, había sido nombrado presidente del Consejo de salud. Damián envió sus felicitaciones al médico y le reclamó remedios japoneses. El 17 de octubre, Fouesnel le perdonó su desobediencia *“a la vista de la situación en que se encontraba”*. Le anunció: *“La manera como tratan a los leprosos y a las hermanas en Kakaako, no es alentadora como para ir a ver a estos señores el nuevo Board que parecen querer desembarazarse de todos los enfermos lo más rápidamente posible, el doctor Trousseau mismo parece que les ha llevado para ejecutarlo. Sin decir una palabra a la madre llega a la barrera, llama a los leprosos por su nombre, les hace salir y partir [...] y si le hacen, una palabra de queja, se verán contentos de habernos hecho rabiar y tratarán de hacer aún más”*. Guardaba su última pulla para el final: *“Esperando que pronto tengáis otro superior que os satisfaga al minuto, y en todo, y que el pobre viejo fr. Leonor que ya no es bueno para nada, será liberado de todos estos pilikia y todo el mundo se verá libre de él”*. Damián sabía que el superior general quería reemplazar a Fouesnel por Gulsan Ropert, pero realizaba sobretodo que los superiores de Honolulu temieran a la nueva administración. El Movimiento de Reforma venció en las elecciones con una mayoría aplastante, y los hawaianos, que no constituían mas que una minoría de electores, perdieron su posición prestigiosa y su influencia; el archipiélago sería en adelante gobernado en interés de la población cosmopolita, a excepción de los chinos. Esto no cambiaba gran cosa en la leprosería, si no es que el Consejo envió maderas para la construcción de nuevos dormitorios, cincuenta camas de hierro y cal para blanquear los muros, y ratificó la erección de una cocina y de una sala de estar para los huérfanos. Estas extensiones eran indispensables, porque Fouesnel anunció nuevas deportaciones masivas. En una carta un poco más

amable que de costumbre fechada el 8 de noviembre, se apenaba porque no había podido procurarse los remedios japoneses, pues un médico de Honolulu estaba reputado de ocultar todas las provisiones existentes. Trataría sin embargo de encontrarlas y de procurárselas. Él mismo estaba desesperado: *“Pienso que el Board piensa que las hermanas son demasiado buenas con los leprosos y que se lo agradecerán antes de pasar un largo tiempo, aunque más no fuera que para borrar el recuerdo del reducido bien realizado por el Sr. Gibson”*.

El 17 de noviembre, el padre Colomban desembarcó de improviso. Damián, que había por fin recibido quince días antes la visita del padre Wendelin, estaba encantado de esta nueva ocasión de poder confesarse. Colomban anunció a Damián que el padre Gregoire Archambeaux iba en seguida a ser encerrado en Molokai y que Kœeckemann le rogaba que le acogiera y le encontrara una ayuda, porque el veterano estaba en un estado desesperado. El misionero alemán traía también otra misión delicada: hacer reescribir su testamento por Damián y designar como ejecutor al padre Cemente en lugar y cometido de Dutton en quien el obispo no tenía ya confianza.

La relegación del padre Grégoire entraba en el marco de la política severa conducida por Emerson. Con ocasión de una de estas deportaciones, el *Warwick* fue golpeado por una roca agua del fondo y se hundió. Se habló de nuevo de maldición.

El 5 de diciembre 1887, el Consejo rechazó una nueva petición de los leprosos: era imposible enviarles religiosas en tanto el asilo no estuviera servido por un sacerdote no leproso. Damián tenía la compañía de Archambeaux, desembarcado el 1 de diciembre, pero el veterano se comportaba de manera histérica. Fouesnel le había estrictamente prohibido a De Veuster que le procurara la menor gota de alcohol. Se habló de Conrardy. Aunque fuera *“extranjero a la congregación”*, los superiores estaban prestos a concederle el permiso de habitar algunos días en Molokai para ver si podría llegar a entenderse con Damián; debía hacer entonces un año de noviciado en casa de los picpucianos a menos que el capítulo general de la congregación, que debían tener e setiembre 1888, no pidiera una dispensa al Vaticano, lo que permitiría a Damián, de acuerdo con sus superiores, invitar oficialmente al misionero belga.

Irritado por todas estas dudas, Meyer amenazó a Fouesnel con dirigirse a otra orden religiosa, el asilo no podía seguir funcionando sin enfermeros ni médico residente; al ritmo en que se efectuaban las deportaciones, las deportaciones, la población de la leprosería se elevaría bien pronto a cinco mil almas.

El año 1888 comenzó mal para Damián. La última carta de Fouesnel contenía un veredicto sin apelación: Conrardy debería hacer un año de noviciado y las hermanas no vendrían a Molokai. Damián se sentía cada día peor, sufría de dolores en el pecho. El depósito de agua de Kalawao se iba, los trabajos de construcción de quince nuevas casas y de la canalización que debía llevar el agua del valle de Waikolu a Kalaupapa avanzaba lentamente, porque los

obreros mal pagados se disputaban y, el 4 de febrero una tempestad arrasó los lugares de trabajo, destruyendo parcialmente la iglesia de Santa Filomena que Damián había ampliado en 1876.

El padre Gregorio no soportaba más el "secuestro", desestabilizaba a los pacientes con sus gritos de desesperación y las crisis de locura; fue excepcionalmente autorizado, después de múltiples tratos entre el obispo y el Consejo, a transgredir la ley de la segregación y a ser trasladado a Kakaako donde los cuidados de las buenas hermanas obraron el milagro: el viejo hombre se calmó y no tuvo en adelante la menor crisis de asma ni de histeria, Los superiores de Damián no se privaron de señalar que De Veuster debía haber sido particularmente difícil y egoísta para con él.

Creyendo perder el uso de sus manos y de no poder celebrar más la misa y sintiendo que sus días estaban contados, Damián suplicó humildemente a Köeckemann que autorizara a Conrardy a pronunciar los votos temporales, como José Dutton, esperando la decisión el capítulo general de la orden. Cuando supo la noticia de la destrucción de Santa Filomena, el obispo se decidió por fin a escribir a Conrardy. Esta decisión no encantó a Fouesnel que estaba furioso contra Damián: este había perdido una carta conteniendo ochenta dólares y rehusó cederle por la catedral de Honolulu o la iglesia de Wailuku dos tabernáculos monumentales en hierro macizo recubiertos de decoraciones en madera dorada y pesando cada uno cerca de una tonelada, ofrecidos por el padre Hudson de la revista americana *Ave María*. Creía que los altares en madera de Damián cederían bajo el peso de estos gigantescos cofre-fuertes que eran *"una verdadera extravagancia para Kalawao y que más valdría que le dieran el precio en dinero con el que podría tener tabernáculos magníficos proporcionados a sus iglesias"*.

Dos semanas más tarde, cuando los tabernáculos llegaron a Molokai, Damián, imperturbable, comenzó con la ayuda de un albañil irlandés, la reconstrucción de Santa Filomena, modificó completamente el altar de la iglesia de Kalaupapa y elevó el techo para hacer entrar bajo él el tabernáculo.

A finales de Marzo, el Primer ministro Lorrin Thurston visitó el asilo con el doctor Emerson. Consciente de todas las mejoras que debían ser aportadas para hacer la colonia viable, nombró un comité de investigación compuesto por cuatro médicos y como presidente a Emerson. Una cuarentena de relegados habían desembarcado cada semana a Molokai, por la tasa de difuntos era casi tan elevada. Se estimaba que había todavía unos mil quinientos leprosos "en libertad" que no tardarían en ser deportados.

En estas condiciones, Damián mostraba cada vez menos paciencia con sus superiores. Creyó que fuera una broma cuando le avisaron que, para venir a Molokai, las religiosas exigían una estricta separación de sexos y que el Consejo debería construir un muro entre Kalaupapa, que sería reservada a las mujeres, y Kalawao a los hombres. Bajo el golpe de la emoción, escribió directamente al Primer ministro: *"Las parejas están ligadas por lazos sagrados hasta que la muerte los separe, deben compartir la alegría y la desgracia"*.

Intercedió también ante la comisión la causa de los *kokua*: los médicos habían constatado que varios de estos ayudantes habían sido contaminados y que era criminal hacer correr el mismo peligro a los individuos sanos; debían por tanto reconocer que las ideas de Damián en materia de cuidados paliativos llevaban sus frutos: los pacientes rodeados del amor de los suyos soportaban mejor la enfermedad y creaban menos problemas. La comisión declaró en su informe que la gran prioridad estaba en la presencia de personal asistente. Si las franciscanas rehusaban venir a Molokai, no se haría caso de las consideraciones religiosas y se invitaría a las religiosas anglicanas. Desde que la misión conoció ese proyecto. Madre Mariana hizo saber que ella estaba presta a partir en el momento en que hubiera obtenido la autorización de su superior de New York pero que no habiendo aún recibido invitación oficial del Consejo de salud, no había emprendido esta gestión.

Charles Bishop, al presente viudo de la princesa Bernice, quedó de tal modo impresionado por la lectura del informe de la comisión de investigación médica que decidió ofrecer cinco mil dólares para la construcción de un Hogar Bishop destinado a las mujeres y las jóvenes y niñas. El Primer ministro utilizó este regalo para hacer presión sobre la misión católica: ahora que Conrardy iba a venir, las hermanas tendrían un sacerdote no leproso y nada les impediría ya dirigirse a Molokai. Fue entonces cuando Köeckemann exigió que el misionero hiciese antes un año de noviciado: no estaba ya seguro de las motivaciones del natural de Lieja (Conrardy) y temía *"llenar el mundo con la gloria de los belgas, en perjuicio de la congregación y de la misión. Algunos padres ya me han expresado su mortificación con esta situación."* El obispo parece que recibió numerosas peticiones de picpucianos deseando juntarse con Damián. Sospechaba también del gobierno, a quien tachaba de "antipatía hacia la religión católica", de querer dar la preferencia a las damas protestantes o de imponer a las franciscanas condiciones imposibles. "En medio de estas confusiones, escribe, este es mi plan. Guardaremos al R.P. Louis Lambert Conrardy algunos días en Honolulu para conocerle. Después de esto, irá a Molokai con el Rev. P. Damián, provisionalmente". Entonces se verá si conviene dejarle allí, despedirlo o quizás imponerle un año de noviciado. Conrardy no tenía idea alguna de la situación en la que desembarcó el 12 de mayo de 1888.

Capítulo XVIII

LOUIS LAMBERT CONRARDY EL NUEVO COMPAÑERO (Mayo 1888 - Octubre 1888)

Libro pg. 271

El joven misionero alemán Mattihas Corneille, enviado por el superior general para trabajar en Molokai, al verse rehusado por Köeckemann para ir allí antes de que hubiera aprendido kanaka y estuviese habituado a las costumbres del

país, protestó violentamente contra la designación de una "extranjero" y sugirió al obispo que enviara una circular a todos los sacerdotes de su diócesis para asegurarse *"de una manera formal de su disposición en este asunto"*. La mayor parte de los picpucianos se declararon dispuestos a partir para la leprosería a la primera señal de sus superiores; tres de entre ellos hasta expresaron *"una fuerte inclinación de ir allí si se les permitiera"*.

Köeckemann no tenía un juicio muy positivo sobre Conrardy: *"El nuevo héroe ha hecho una impresión muy desventajosa a todos los miembros de la misión que le han visto y escuchado hablar. No le creo malicioso, pero parece tener la cabeza ligera, principios liberales de independencia; está lleno de sí mismo y tiene gran cuidado de su cero; bebió él solo una botella de vino en una comida, sin agua. En tres días que ha permanecido en Honolulu, ha visto más gente que la que yo visito en todo el año. Es un hacedor de dificultades. Para desembarazarme de él, le he permitido ir a la leprosería en Molokai. Me ha escrito que "se encuentra ya en su casa y que espera a las religiosas franciscanas para ponerse de acuerdo con ellas" mientras que la rvda. Madre superiora me dice que no querría tenerlo por confesor de las hermanas"*.

El día en que Conrardy desembarcó en la península, Damián le esperaba, con el brazo en cabestrillo, su rostro deformado disimulado por su viejo sombrero. Rehusó la mano que le tendía Louis Lambert – el recién venido debía a toda costa evitar el contagio -, pero sus ojos reflejaban la alegría de ver llegar a su compañero. Este tuvo que hacer grandes esfuerzos para reprimir su repugnancia: estaba rodeado de mutilados, el olor era insoportable, no conseguía tragar el alimento que Damián sin embargo le aseguraba que había sido preparado por un cocinero "puro". Visitó el orfanato para huérfanos, conocía a Dutton y se espantó de número de enterramientos que tuvieron lugar la primera semana de su estancia, una epidemia de gripe que subió la tasa inhabitual de mortalidad. Felizmente los enfermos tenían un techo, pues las cincuenta nuevas casas estaban preparadas y se disponía de alojamientos para acoger a otros doscientos relegados.

La mala productividad de los coolis chinos ralentizaba los trabajos de traída de aguas para Kalaupapa. En mayo 1888, todas las fosas estaban abiertas, pero temiendo que una mar encrespada se llevara las canalizaciones durante el invierno, Meyer recomendó al Consejo de salud enterrarlos más profundos, construir el depósito en una altura e instalar justamente al lado el matadero. Teniendo también que determinar el lugar en que sería construido el hogar Bishop, retardó más de lo previsto ir a Kalawao donde encontró a Conrardy a quien juzgó de entrada como un hombre franco y sin prejuicios religiosos. "No tardará en tomar el lugar de Damián, escribió al Consejo, porque la enfermedad prolifera a toda velocidad".

El 21 de mayo el Primer ministro Lorrin Thurston invitó oficialmente a la madre Mariana que se ocupara de las mujeres y de las chicas sin familia relegadas en Molokai; su carta no hacía mención de otros enfermos. La superiora le respondió que había obtenido la aprobación de Köeckemann pero esperaba

aún la de su superior, el rvdo. Padre Lesen, para extender su trabajo a otras islas del archipiélago.

El 31 de mayo, Damián encontró entre otras cartas un mandato formal de Koeckemann significando a Conrardy que abandonara inmediatamente las islas. De Veuster le respondió de manera poco respetuosa que Conrardy era *"su hombre"*. El obispo le envió un correo autoritario: *"Me será un placer exponeros algunas de las graves consideraciones que han determinado mi decisión, si os creyera bien dispuesto a recibirlas. Pero vuestra carta me parece tan poco conveniente en el fondo y por el tono que me contento con deciros que estoy no solo en la obligación de proveer a la administración espiritual de la leprosería de Molokai conforme a las reglas ordenadas por mis superiores y según mi propia conciencia, aún con el riesgo de contrariar a los que estimo y a quienes querría satisfacer tanto como fuera posible"*. Algunos días mas tarde, el obispo volvió sobre las disposiciones confidenciales que no quería explicar y aseguro a Damián: *"No se trata de destituiros como párroco de la leprosería, sino solamente de la necesidad de reemplazaros cuando no podáis ya más ejercer vuestras funciones de sacerdote, algo que a mí se me presenta como inminente. En ese caso, un nuevo llegado y extranjero a la congregación no podría ser establecido como párroco en el establecimiento"*. En ese momento, enviaría a Wendelin Möellers; en cuanto a Conrardy, podía permanecer hasta que el obispo haya recibido la respuesta del superior general. Fouesnel no se puso guantes para declarar a Damián: *"Había tomado la resolución de no tener nada que ver con vos hasta nueva orden"*, pero la cuestión de las tasas e importación de los tabernáculos le obligaba *"a romper el silencio. [...] Habéis chocado y hasta insultado injustamente a todos vuestros compañeros de religión o en misión. Sed prudente, mi querido padre, y antes de escribir a vuestros superiores, haced una pequeña meditación sobre la humildad. Sed más resignado y acordaos que os he dicho anteriormente que, tan pronto como se sepa que estáis en la imposibilidad de administrar los sacramentos, tendréis a alguien para socorremos y vivir en Kalawao con vos; varios lo han pedido y todos están dispuestos para ir allí ala primera voz de Monseñor o mía"*. Bajo la intervención de Meyer, el secretario del Consejo de salud, William G. Asley hizo quitar los cien dólares de tasa por la importación de los tabernáculos y reprochó a Fouesnel de haber inútilmente herido al padre Damián a quien aseguraba con su protección, aún en materia religiosa, ya que su provincial no quería escuchar nada. Como las religiosas hospitalarias que Damián reclamaba vanamente después de más de quince años no se decidían a ir a Molokai, el doctor Emerson divulgó que había tomado contacto con el obispo anglicano de Honolulu.

En Molokai, la epidemia de gripe fue seguida en junio de una grave infección generalizada acompañada de fiebres y diarreas. Aún Meyer, que era sin embargo de constitución robusta fue víctima de ella y tardó más de quince días en restablecerse. El nuevo médico residente Peterson atribuyó el mal a una intoxicación alimentaria: los pacientes habrían ingerido salmón enlatado impropio para la consumición. Sintiendo personalmente culpado, Ambrose Hutchinson, el responsable del *settlement*, atacó con virulencia al médico que se aprovechó de ello para presentar su dimisión; de todas maneras, este

último no había nunca conseguido ganarse la confianza de los enfermos que continuaban consultando a los *kauna* o brujos-médicos tradicionales. Los rumores más diversos corrían sobre el origen de esta extraña epidemia: el salmón en lata, el pescado fresco, el calor asfixiante o hasta las canalizaciones envenenadas que el Consejo habría colocado para exterminar a los leprosos a buen precio.

Conrardy calculó que desde su llegada, tres semanas antes, noventa de los ochocientos habitantes de la colonia habían fallecido. A comienzos de mayo, Damián tenía noventa huérfanos bajo su tutela. En junio no había más que sesenta y cinco. Los dos sacerdotes, absorbidos por la asistencia a los moribundos y por los enterramientos, no podían con sus tareas administrativas, lo que no dejó de reprocharles Fousnel. Damián se preguntaba qué podría él haber hecho sin la ayuda de Louis Lambert. Dutton se hallaba bajo una profunda depresión, porque él se veía cada vez más suplantado por Conrardy; pero ante la miseria de los enfermos, decidió continuar secundando a Damián lo mejor que pudiera.

El nuevo médico George Swift desembarcó el verano de 1888 con su esposa germano-americana y su bebé. Ella se preocupaba de la administración, permitiendo a su marido entregarse enteramente a la medicina. Pero el sentido exagerado de la economía de este último, su aproximación moderna y distante no agradaron a los pacientes que, como buenos observadores, no tardaron en descubrir que era morfinómano.

Ese mismo verano, Damián consagró todo su tiempo libre a sus huérfanos a los que enseñó la carpintería y la albañilería, para que le ayudaran a construir su iglesia. La obra estaba muy animada, los muchachos jugueteaban en ella y cantaban en compañía del albañil irlandés Jack McMillan. Posaron orgullosos el día en que Swift tomó una serie de fotos de diferentes grupos; Conrardy figura en algunos de esos clichés, pero Damián rehusó hacer lo mismo, pretextando que él no salía nunca bien en las fotos.

La enfermedad hacía rápidos progresos en su mano derecha, y sus ojos estaban continuamente infectados. Damián no podía ya prácticamente escribir. Dictó a Conrardy una carta dirigida al superior general rogándole, en los días de la reunión del capítulo general, que aceptaran sin imponerle un nuevo noviciado a este hombre de carácter práctico, que hablaba ya corrientemente el kanaka, que se plegaba a las costumbres locales y respetaba los tres votos. Añadía que este religioso, que había vivido varios años aislado en medio de los indios de su misión de Oregón (New York) temía adaptarse a la rutina de un convento y que su presencia era cada día más indispensable en Molokai, tanto por la leprosería como por los huérfanos. Conrardy terminó la misiva con una anotación personal: *"Damián no se siente bien esta es la razón de que me haya dictado la carta. Si debo volver a hacer mi noviciado prefiero volver a mi antigua misión"*.

El superior general se encontraba ante un dilema, porque Köeckemann le suplicaba despedir a Conrardy; el obispo temía que los dos belgas *"siendo"*

independientes en cuanto al dinero, que les llega en masa desde fuera, no obren a su capricho con todo el resto hasta que se disputen entre ellos, o suceda que se malquisten con el gobierno o con los enfermos, o que llegue otro escándalo". Fouesnel que no había amado jamás a Damián, no dudó en llegar más lejos: "El incienso que su heroísmo le ha atraído le ha enajenado y el oro que ha recibido y recibe todavía le ha cegado. [...] De este modo es excesivamente difícil, por no decir imposible, dirigirle. La enfermedad haciendo rápidos progresos en su mano derecha, no podrá pronto ya ni decir la Santa Misa ni administrar el santo sacramento".

Los tratos que se traía Emerson con el obispo anglicano representaban una amenaza para la misión, por lo que Fouesnel explicó a la madre Mariana que ella no podía aplazar más "la ocupación" de la leprosería. El provincial pidió poder intervenir durante una reunión del Consejo de salud y propuso sus condiciones para el establecimiento de las religiosas: la exigencia fundamental era que ellas estén acompañadas por un sacerdote en buena salud; Matthias Corneille y Wendelin Möellers estaban preparados para partir. El irlandés Charles Reynolds fue designado para supervisar los trabajos de una infraestructura que preparara su instalación. La prisión debería estar acondicionada fuera del hospital y los cafés chinos que servían alcohol ser cerrados para no lastimar a las religiosas. Damián defendió la causa de su mantenimiento, porque representaban una de las raras ocasiones de reposo ofrecido a los enfermos. Los cuidados que prodigar a los hombres y a las mujeres constituían un problema más serio, porque el contrato especificaba que las religiosas no se ocuparían tan solo de las mujeres. La carta de candidatura del enfermero irlandés James Sinnet llegó en un momento bien señalado.

Siempre optimista, Damián veía las soluciones a todos estos problemas. Iba a poder exponérselos a la madre Mariana que había obtenido del Consejo la autorización de hacer una visita relámpago a Molokai, el 20 de septiembre 1888, en compañía de la hermana Leopoldina y de la sirvienta portuguesa Olinda. Después de desayunar en casa del doctor Swift, Damián les mostró su iglesia en reconstrucción así como el pandano bajo e que había pasado sus primeras noches en la península y cuyas raíces aéreas abrigaban ahora tumbas. Las llevó enseguida a visitar el hogar de los niños. "Los huérfanos tienen necesidad de una madre, insistió él. Yo trato de ser un buen padre para ellos. Una hawaiana se ocupa de las chiquillas.". La superiora juzgó el lugar sucio, sombró y maloliente y se precipitó en el hogar Bishop del que inspeccionó rápidamente la construcción central, designando una pequeña pieza que preparar como su futura capilla. No tuvo tiempo de visitar los anexos donde vivirían las mujeres las jovencitas.

En Honolulu, Fouesnel, que cantaba las alabanzas de las religiosas preparadas a sacrificarse, temiendo haber algo precipitado de su trabajo, porque el superior de las franciscanas, el padre Lesen, había prevenido a Köeckemann que ellas habían venido a Hawaii para cuidar enfermos curables y no leprosos. Él también creía que ellas no correrían un peligro tanto físico como moral en Molokai e insistía en que gozasen del confort al que América las había

acostumbrado. Exigió, por otro lado, que las religiosas que vinieran a la península estuvieran en todo momento autorizadas a abandonar los lugares si lo deseaban. El obispo aseguró al padre Lesen y prometió a la madre Mariana el darles al padre Wendelin como capellán. A pesar de estas prevenciones contra Conrardy, se vio obligado a dejarle en Molokai porque *“ha ganado de tal modo el afecto y la admiración de los leprosos por sus maneras acariciadoras que generalmente me maldicerían si le expulsara contra su voluntad”*.

Ese día, Damián tuvo que interrumpir a lectura del Evangelio, tropezó durante el ofertorio y cayó finalmente sin conocimiento en el momento del *Sanctus*. Recuperó después poco a poco su conocimiento, pero su debilidad le impidió terminar la misa. Köeckemann tuvo razón en no dramatizar el incidente, porque al día siguiente, Damián acogió un nuevo grupo de huérfanos sobre el muelle del desembarcadero; tenía al presente más de un centenar de niños bajo su tutela.

Las tres nuevas religiosas que llegaron a finales de octubre a Honolulu trajeron la decisión oficial del superior de Syracuse, y el 6 de noviembre, Fouesnel pudo anunciar a Damián que un padre partiría *“de aquí el 12 de este mes con las hermanas para llevaros socorros. Estando obligado a permanecer él mismo en Kalaupapa por causa de las religiosas, supongo que una pequeña casa tendrá que ser construida para el padre Conrardy, y el otro padre podrá arreglarse la casa de Kalaupapa para sí mismo”*. Señala también a Damián que las placas de chapa para su iglesia han sido expedidas la víspera.

Madre Mariana así como las hermanas Leopoldina y Vicenta se preparan para marcharse. A pesar de los riesgos que iban a correr, su salario de 25 dólares no fue aumentado. Meyer propuso al Consejo conceder al menos el mismo salario a Damián que trabajaba desde hacía quince años sin la menor remuneración. Dutton también trabajaba gratuitamente, pero lo hacía por mortificación y hacía todo lo posible por atrapar la lepra. Habiendo ahora sabido que las hermanas no se ocuparían de los chicos, Damián propuso a Meyer designara a Conrardy como su sucesor.

Grandes cambios se preparaban y sin embargo la situación evolucionaba poco. El doctor Swift intentaba aplicar sus nuevos métodos, pero los pacientes consultaban más a gusto a los *kauna*, y el médico no se enteraba generalmente de las defunciones más que cuando veía la bandera a media hasta. Sin embargo trabajaba, visitaba regularmente a los huérfanos y respondía al instante a las llamadas de ayuda de Damián. No compartía las convicciones religiosas del misionero pero admiraba su entrega, su perseverancia, su sentido del humor y su buen talante constante. Estaba calculado que las hermanas llegarían a Molokai el día del quinto aniversario de su llegada a Honolulu, pero una tempestad explotó por encima de Waikola, y como Meyer lo había previsto, las olas desencadenadas se llevaron las canalizaciones que no se habían enterrado profundamente. Kalaupapa se volvía a encontrar sin agua, un disgusto que los pacientes soportaban después de más de veinte años, pero que, al parecer de Reynolds, era imposible imponer a las religiosas

a las que se había prometido todo el confort. Su llegada fue por tanto retrasada hasta que cuatro o cinco depósitos de hierro pudieran ser traídos. El coste se elevó a 35.000 dólares, e ingenieros y obreros desembarcaron en lugar y en el espacio de las hermanas.

Otro problema apareció poco después: el padre Wendelin no estaba preparado para partir a Molokai y las hermanas rehusaban a Conrardy como capellán. Fouesnel pretendió en un primer momento remplazarle temporalmente, cuando Matthias Corneille llegó de improviso a Honolulu y se propuso que tomara la plaza de su compañero. Llevaba una nota del provincial, ignorando que estaba llena de hiel: *"He recibido vuestra carta escrita por Conrardy pero veo que podéis todavía escribir por vos mismo las cartas que escribís a vuestros corresponsales y espero que si os cuidáis vuestra vista os podrá servir todavía por mucho tiempo"*. Damián clasificó la carta con las publicidades que alababan las medicaciones más exóticas que ofrecían curar la lepra. *"Solo Dios conoce el remedio, pero provisionalmente no quería revelarlo a la humanidad"*.